



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Luis Miguel Estrada Orozco

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

stradda.orozco@gmail.com

Cuerpo propio sobre cuerpo patrio: deporte, sexo y pertenencia en la imaginación marginal de *El cuerpo en que nací*, de G. Nettel

Own Body on Patriotic Body: Sport, Sex and Belonging in the Marginal Imagination of *El cuerpo en que nací* by G. Nettel

Resumen

El cuerpo en que nací, de Guadalupe Nettel, se instala en la tradición mexicana de los textos autobiográficos que responde a lo que Claudia Gutiérrez Piña identifica como una tradición de textos desde el yo que parte con las “Autobiografías precoces” de la década de 1960, y sirven tanto como para posicionar editorialmente a autores mexicanos, como para jugar literariamente con los límites del género autobiográficos (en este caso, “autonarrativos”, como discute Cynthia Olguín). Nettel elige narrar el cuerpo propio por encima del cuerpo patrio. La forma híbrida y personal de Nettel visibiliza el cuerpo no-normativo (cuerpo femenino y discapacitado, como ha observado Lilia A. Pérez Limón); además, su observación de los cuerpos desplazados por dictaduras del Cono Sur, la crítica a la generación que vivió los movimientos sociales de las décadas de 1960 y 1970, y la experiencia personal de la movilidad de clase y categoría étnica en los desplazamientos entre Francia y México de la narradora proponen la experiencia íntima y corporal por encima del discurso constitutivo del cuerpo nacional.

Palabras claves

Autonarrativas; Guadalupe Nettel; Literatura mexicana.

Abstract

El cuerpo en que nací, by Guadalupe Nettel, is installed in the Mexican tradition of autobiographical texts that responds to what Claudia Gutiérrez Piña identifies as a tradition of texts from the self that starts with the "Autobiografías precoces" of the 1960s and serves both to position Mexican authors editorially and to play literarily with the limits of the autobiographical genre (in this case, "autonarratives", as Cynthia Olguín discusses). Nettel chooses to narrate one's own body over the patriotic body. Nettel's hybrid and personal form makes visible the non-normative body (female and disabled body, as Lilia A. Pérez Limón has observed); moreover, her observation of the bodies displaced by dictatorships in the Southern Cone, the critique of the generation that lived through the social movements of the 1960s and 1970s, and the personal experience of class and ethnic category mobility in the narrator's displacements between France and Mexico propose the intimate and bodily experience over the constitutive discourse of the national body.

Keywords

Autonarratives; Guadalupe Nettel; Mexican Literature.

Desde la publicación de *El huésped*, en 2006, libro finalista del Premio Herralde de novela, la figura de Guadalupe Nettel ha ido haciéndose un lugar propio en la literatura latinoamericana. Con la posterior publicación de sus libros de cuentos *Pétalos y otras historias incómodas*, en 2008, y el *El matrimonio de los peces rojos*, en 2013, se afianzan valoraciones como la de Yvonn Márquez sobre una narradora que crea universos literarios en donde “lo enigmático, lo animalesco, los personajes antisociales y los ambientes extraños conviven en una realidad donde la normalidad y la comodidad son aparentes” (Márquez 53). Los libros *El cuerpo en que nací* (2011), *Después del invierno* (Premio Herralde 2014) y *La hija única* (2020) vienen a confirmar la expansión de las posibilidades de los mundos a donde la autora dirige su mirada.

El cuerpo en que nací se instala en la tradición de autores que convierten el material de su memoria en obra literaria. En este libro, Nettel aborda los años decisivos de su infancia y su adolescencia manteniendo como *leitmotiv* una mancha blanca en el ojo derecho que limita su visión. La narración sigue las tensiones familiares después del divorcio de sus padres y la mudanza a Francia de la narradora y su hermano debido a los estudios doctorales de su madre. A su vez, los cambios

en la sociedad mexicana posterior al año clave de 1968, las relaciones de la narradora con familias exiliadas en México por las dictaduras del Cono Sur y la condición de migrante temporal en Francia otorgan un telón político de fondo.

Los análisis de *El cuerpo en que nació* han destacado, entre otros elementos, la visibilización del cuerpo no-normativo, es decir, el cuerpo discapacitado o enfermo y su relación con nociones de ciudadanía e identidad (Vivero 2013; Pérez 2017); también, la posición de la figura femenina, madres e hijas, en la narrativa contemporánea (Vivero 2014), además de los mecanismos autonarrativos de un material que vincula la escritura con una posibilidad terapéutica (Olguín 2018) al mismo tiempo que construye la figuración autoral desde la marginalidad (Murcia 2018).

En el presente artículo, extenderé algunas de estas líneas de investigación al abordar la relación que tiene *El cuerpo en que nació* con las renovaciones al imaginario nacional que la narrativa mexicana del siglo XXI ha puesto sobre la mesa. A través de la primacía del cuerpo propio sobre el cuerpo patrio, Nettel realiza cuestionamientos constantes al imaginario convencional del siglo XX. Como hija de la generación que marcó el rompimiento definitivo con el ideal del México vinculado al Estado posrevolucionario, las formas en que la narradora encarna su marginalidad se enmarcan en el momento histórico en que ciertas ideas sobre los miembros de la comunidad imaginaria nacional, como la llamaba Benedict Anderson, han revelado su caducidad. Contextualmente, el libro de Nettel se ubica dentro de una tradición mexicana de “autonarrativas” que, desde la década de 1960, ha llevado a varios escritores a integrar elementos críticos al imaginario posrevolucionario hasta llegar a una ruptura con la centralidad narrativa del Estado hacia el final del siglo XX. La particularidad del texto de Nettel es su foco en un proceso de crecimiento entre infancia y adolescencia desde una mirada adulta crítica. En su propia estructura narrativa, las distintas tensiones en *El cuerpo en que nació* dan un paso más allá y proponen una ampliación del imaginario de lo nacional: una en la que su cuerpo no-normativo, y las diferentes marginalidades con las que conecta encuentran un lugar de pertenencia. En este sentido, Pérez Limón ya ha

argumentado que el libro de Nettel cuestiona la formación del cuerpo nacional y la manera en que los derechos y la misma noción de ciudadanía son distribuidos (212). Adicionalmente, Pérez Limón asegura que el libro de Nettel accede a nuevas formas de socialidades, esto es, socialidades alternativas, a través de la resignificación de las fallas vinculadas a la discapacidad (217). Estas socialidades alternativas son precisamente el origen de nuevas posibilidades de comunidad. Si bien no hay ninguna intención de crear deliberadamente un nuevo imaginario nacional a través de la replicación del mecanismo limitado del siglo XX que Vázquez Almanza identificó como el proceso de “síntesis identitaria” (352), al enfatizar la marginalidad Nettel consigue ampliar el repertorio posible del imaginario de la comunidad nacional. Este imaginario, por lo demás, traza redes de contacto transnacionales.

Dado el gran número de episodios y elementos abordados en el libro de la autora mexicana, me centraré en algunos de los discursos con los que su autorrepresentación entra en tensión siempre desde experiencias corporales o encarnadas: el deporte, el deseo sexual y nociones de pertenencia o adecuación a prejuicios étnicos de pertenencia social o nacional. En todos estos discursos será insoslayable abordar los elementos de género y discapacidad.

Guadalupe Nettel y la tradición autonarrativa en México

El libro que nos ocupa tiene su origen en un primer texto autobiográfico titulado “El cuerpo en que nací”, publicado en septiembre de 2009 en la edición mexicana de *Letras libres*, como parte de las “Autobiografías precoces” donde Nettel comparte páginas con varios de sus compañeros de generación de México, España y Cuba.¹

¹ Los autores reunidos a instancias del entonces editor, Rafael Lemus, fueron: Jorge Carrión, Luis Felipe Fabre, Julián Herbert, María Rivera, Yoani Sánchez. En una comunicación vía email, Lemus me comentó que el chileno Alejandro Zambra también fue invitado. Por cuestiones de logística su texto no entró, aunque parece tratarse del germen de *Formas de volver a casa* (2011).

El título de la reunión de autores de 2009 es “una clara referencia al ejercicio que [...] realizara Emanuel Carballo como editor de la editorial mexicana Empresas Editoriales” (Olguín 38). En efecto, en 1966 once jóvenes narradores² publicaron sendos textos autobiográficos a solicitud del editor Rafael Giménez Siles y por iniciativa del propulsor y prologuista del proyecto, Emanuel Carballo (Jaramillo 13). A decir de Claudia Gutiérrez Piña, el conjunto se muestra como un ejercicio autoconsciente “para mostrar el ejercicio creativo que media la configuración del yo autobiográfico en pos de ese interés público”, además de operar críticamente sobre el género de modo que estas autobiografías condicionan “las derivaciones que tuvo el desarrollo del género [...] en la tradición mexicana” (Gutiérrez 186).

Esta “tradición mexicana”, la describiré mejor como “tradición autonarrativa”. Las discusiones de los textos autorreferenciales han sido tocadas por teóricos como Philippe Lejeune, Georges Gusdorf, Paul de Man, entre muchos otros. Al usar la palabra “autonarrativa” me suscribo a la discusión teórica del concepto discutido por Arnaud Schmitt para problematizar una escritura autobiográfica de mayor riqueza estética sin llegar al extremo de la autoficción; el término “autonarrativo” fue recuperado luego por Philippe Gasparini (Olguín 29) para proponer un concepto que diera cuenta de la conciencia de la problematización de las relaciones de escritura y experiencia. El término ha sido recientemente utilizado por Cynthia Olguín en torno a las obras de Nettel y Herbert, y se refiere “a aquellas escrituras del yo contemporáneas que conjugan la figuración del sujeto y del autor en el mismo espacio textual. La hibridez de estos textos estaría dada por recurrir al tono autobiográfico en la figuración del sujeto, en tanto que el tono ficcional se hallaría en la figuración del autor” (32). Desde luego, no descarto las

Por otro lado, el texto con el que Nettel colaboró en *Letras Libres* también fue incluido en el libro *Trazos en el espejo: 15 autorretratos fugaces* (2013). Finalmente, “Retrato de una obsesión”, publicado en *Bogotá 39. Retratos y Autorretratos*, recupera los mismos párrafos iniciales de “El cuerpo en que nací”, pero que concluye con un retrato de la vida de la escritora y una especie de poética cimentada en la experiencia de la diferencia: la mancha sobre el ojo.

² Gustavo Sainz, José Agustín, Salvador Elizondo, Carlos Monsiváis, Raúl Navarrete, Marco Antonio Montes de Oca, Tomás Mojarro, Sergio Pitol, Juan García Ponce, Vicente Leñero y Juan Vicente Melo.

posibilidades de diálogo con otros materiales como el diario o la memoria. Después de todo, como recuerda Sylvia Molloy en su ya clásico *At Face Value* (1984) la diversidad de las estrategias discursivas de los géneros autorreferenciales queda presente de modos más o menos evidentes en la “retórica de lo autobiográfico” la cual se actualiza con el tiempo (Molloy 9-10).

Además de la serie “Autobiografías precoces” de 1966, Gutiérrez Piña destaca la compilación de las conferencias de 33 autores (incluidas ocho mujeres) 1965 y 1966 convocadas por el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, reunidas bajo el título *Los narradores ante el público*. Los comentarios recogidos por Gutiérrez revelan irreverencia y falta de compromiso político en los más jóvenes, además de su anti-solemnidad (190). En el caso de Rosario Castellanos, se hacen presentes elementos de géneros y diferencias fenotípicas, como ha notado Humberto Guerra al destacar las asimetrías entre la escritora y el hermano de ella (81).

Los elementos mencionados evocan la discusión de Sylvia Molloy sobre la escritura autorreferencial hispanoamericana surgida en medio de crisis a partir de las independencias del siglo XIX que se vinculan con debates en torno a la cultura nacional (3-4). Para Molloy estas escrituras son una oportunidad para mirar cómo la preocupación con la identidad nacional reverbera en textos autorreferenciales (Molloy 5). Las dos colecciones mexicanas que he mencionado, después de todo, se ubican en un punto crucial del debate de lo nacional: apenas unos años antes de 1968. Un caso similar de la preocupación por la identidad nacional “reverberando” en textos autonarrativos lo encontraremos en la serie *De cuerpo entero*, una treintena de tomos menores a 75 páginas (Guerra 85) publicado entre 1990 y 1993, cerca del epicéntrico año de 1994. No detallaré sus contenidos, pero basta decir que hacen evidente la tradición en la que se inserta *El cuerpo en que nació*: plena conciencia de los mecanismos de autfiguración; textos producidos en momentos de crisis con críticas al imaginario nacional.

Además de esta tradición mexicana, la narrativa de Nettel se ha leído también contextualizada en la llamada “literatura de los hijos”. La denominación



surge originalmente para referirse a la literatura escrita por autores crecidos durante la dictadura pinochetista en Chile (Amaro 110), pero el término se ha ampliado hacia Argentina y México, y la obra de Guadalupe Nettel ha sido ubicada dentro del concepto (Barona). La “literatura de los hijos” revisa el legado político del fin del siglo XX latinoamericano trabajando al mismo tiempo la pregunta por la identidad personal y abundando en los temas familiares y de memoria de infancia. La “literatura de los hijos” sigue estrategias autonarrativas que problematizan la relación entre individuo e historia. Para Molloy, dada la activa participación política de autores como Domingo F. Sarmiento o José Vasconcelos, la autobiografía de finales del siglo XIX e inicios del XX pretendía adquirir categoría de testimonio nacional en donde la memoria personal adquiere relevancia histórica (147-148). La “literatura de los hijos” no busca presentar la experiencia personal como Historia. Más bien, parece orientarse al punto en que Pierre Nora situaba a los *lieux de mémoire*: del lado de la memoria frente a la posible erosión de esta por parte de la “aceleración de la Historia” (8). El énfasis en la visión de la infancia responde a esta perspectiva; se amolda al género de relato autobiográfico que Richard N. Coe denomina “childhood” ([relato de] infancia), el cual es “frecuente entre escritores y poetas” pues ofrece posibilidades “para expresar una parte esencial de su experiencia” que la autobiografía tradicional no ofrece (Baena 480). En el “childhood” el autor no está preocupado por La Verdad, sino por Su Verdad íntima que, no obstante, mantiene una relación deliberada y consciente con su entorno histórico y social. Por ello, usualmente estos relatos se ubican en puntos ajenos a la experiencia pública y concluyen con escenas de paso hacia la madurez (Baena 481).

En el libro de Nettel la estructura del “relato de infancia” es visible en los aproximadamente diez años que cubre: desde que la narradora tiene seis años (ca. 1979) hasta que viaja con su madre a Filadelfia a los dieciséis para enterarse de que la mancha del ojo es inoperable (1989). Para Viveros Marín, el lector observa “el tránsito de la infancia a la edad adulta de una niña que tiene que afrontar el estigma de una discapacidad visual” (“Madre intelectual” 80). En esta intersección de una experiencia de aprendizaje narrada desde la búsqueda de la Verdad íntima, el telón

de fondo histórico resulta esencial para entender el contexto y las transformaciones sociales en las que se enmarca el proceso de crecimiento, desarrollo y aceptación final tanto del cuerpo propio como de la identidad. La visión crítica de la narración escrita desde la edad adulta ubica al cuerpo en desarrollo en sus contextos sociales y políticos, de los que experiencia de infancia y adolescencia sólo es más o menos consciente y cuya consciencia se manifiesta a través de la sensación de adecuación o desviación de expectativas. De ahí la productividad de su lectura.

Cuerpo propio sobre cuerpo patrio

El telón de fondo de *El cuerpo en que nací* muestra las ideas en revolución acerca del género y la actividad sexual las cuales generan conflictos entre el cuerpo propio de la narradora y un cuerpo patrio con el que establece diferentes relaciones de tensión. Por “cuerpo propio”, me refiero a la autoconsciencia de su físico que tiene la narradora: es un cuerpo marginal en el sentido de tener una discapacidad visual que también es una marca visible; adicionalmente, es la autopercepción de un cuerpo femenino cuyo desarrollo la lleva a la experimentación sexual, deportiva y con sustancias. Adicionalmente, incluye la conciencia de las implicaciones de género en las sociedades mexicana y occidental, además de la propia ubicación de pertenencia social y nacional en el complejo de coordenadas que propone tanto su paso por una infancia rodeada de exiliados de América del Sur como la propia vida en Francia y las interacciones en espacios sociales como la escuela o espacios disciplinares como la cárcel. Por otro lado, cuando hablo de “cuerpo patrio” me refiero a la concepción ideal del cuerpo mexicano, en buena medida, promovido por los discursos oficiales del siglo XX y que en el libro de Nettel originan una tensión entre pertenencia y exclusión.

La conciencia del cuerpo tiene un primer énfasis en la mancha en el ojo, la cual no sólo obstruye su visión sino que es la causa de las numerosas actividades correctivas llevadas a cabo por los padres de la narradora. Por ejemplo, un parche

en el ojo sano que deberá obligar al ojo con la mancha a un extra de trabajo correctivo. Este parche, al ser utilizado sólo una parte del día, condiciona la visión del mundo para la narradora efectiva y simbólicamente, dividiendo su vida entre un universo matinal “constituido sobre todo por sonidos y estímulos olfativos, pero también por colores nebulosos, y el vespertino, siempre liberador y a la vez de una precisión apabullante” (Nettel 13). Adicionalmente, es una primera experiencia de diferencia, pues separa a la niña de la memoria del resto de sus compañeros de aula, con la peculiaridad de que la hace aún más consciente de sus otros compañeros “con otro tipo de anormalidades” (14). Las estrategias correctivas de los padres se extienden por la infancia “como una etapa preparatoria en la que deben corregirse todos los defectos de fábrica” (15), los cuales incluyen la postura de la narradora, acompañada de un apodo de familia que poco ayuda al desarrollo de la autoestima: “cucaracha” (16).

Deporte y cuerpo normativo

Durante el tiempo en que la narración transcurre, existe una noción idealizada de cuerpo que entra en conflicto con el cuerpo de la narradora, dada su limitación visual y sus problemas de postura. En este sentido, pocos mundos como el deportivo se encuentran en contacto directo con estas nociones idealizadas de aptitud física. Como discurso, el ideal atlético es el punto más alto de una noción que el cuerpo de la narradora no puede alcanzar. Paradójicamente, su práctica es uno de los pocos refugios. No es un accidente que varios eventos deportivos internacionales se encuentren presentes en el libro ya como referentes directos o como sombras del pasado: las Olimpiadas de 1968 y los Campeonatos Mundiales de fútbol de 1970 y 1986. Como práctica social y competencia pública, el deporte pone de relieve la importancia de los cuerpos en el imaginario nacional al tiempo que las competencias internacionales son políticamente instrumentales. Para Joseph Arbeno los Olímpicos del 68 eran la oportunidad del gobierno mexicano para

promover una imagen de país moderno y al mismo tiempo favorecer el turismo y la inversión extranjera (“Hosting the Summer Olympic” 133-34). Son las primeras Olimpiadas con un país del “tercer mundo” como anfitrión y fueron el resultado de una serie de intentos de los gobiernos posrevolucionarios de utilizar el deporte internacional como escaparate para promover sus logros de pacificación y desarrollo. Estos intentos comenzaron con el envío de contingentes a las Olimpiadas de París, en 1924, y Amsterdam, en 1928, y continuaron hasta la Copa Mundial de Fútbol de 1986 (Arbena, “Sport, Development, and Mexican Nationalism” 350-54). La Olimpiada de 1968 se propuso contrarrestar las imágenes del atraso asociadas con el país dando muestras de progreso social y tecnológico, al tiempo que celebraba el pasado indígena con un resultado ambiguo: presentaba una cara de nación armónica mientras obviaba problemas sociales profundos (Zolov 193-94). En el mundo de *El cuerpo en que nació*, los efectos de esta modernización se dejan sentir tanto en la noción de cuerpo atlético como ideal como en el propio espacio donde transcurre una parte de la infancia: el complejo de departamentos al sur de la ciudad conocido como la Villa Olímpica, originalmente construida para albergar a los atletas, rodeada de complejos deportivos.

Para fines de esta discusión, una de las imágenes más destacadas de los Olímpicos del 68 es la de las mujeres que participaron en ellos. Para Eric Zolov, el comité organizador buscó presentar a los observadores extranjeros la imagen de un país lejos del machismo largamente asociado con él; así, para proyectar una visión de una población femenina “liberada” y “moderna” el comité organizador contó con la participación de 1,170 edecanes del evento (205). El punto alto de esta muestra de modernidad ocurrió cuando la atleta Enriqueta Basilio llevó la antorcha olímpica al pebetero; fue la primera mujer en la historia en hacerlo. Una mujer, sin embargo, cuya piel clara encarnaba los rasgos de la adecuada mezcla racial mexicana (Zolov 205-206). El cuerpo de Basilio, en lo que representa, parece una ampliación o reconfiguración discursiva del papel de la mujer mexicana desde la oficialidad. Así también, parece una forma oficial de ampliar el cuerpo (atlético) ideal de la nación.

Desde luego, esto no significa que el cuerpo femenino entre de lleno y sin problemas en prácticas y espacios deportivos regularmente controlados por varones. En la narración de Nettel, la narradora de diez años y su hermano menor quedan a cargo de la abuela tras la mudanza de la madre a Francia. Los juegos de fútbol entre los niños de los departamentos de la Villa Olímpica se vuelven una atracción para la narradora: “No me llevaba con las niñas de seis que jugaban a la matatena y al resorte junto al estacionamiento, tampoco con las chicas que modosamente repetían hasta el cansancio las tablas de multiplicar detrás de un arbusto, sino con los futbolistas” (59). Los juegos a que se refiere son entretenimientos de habilidad asociados en México con lo femenino. Si bien no son juegos de rol que afirmen expectativas de género (como lo serían pretender ser madre o ama de casa), algo los vincula a la *paideia* clásica. La elección o rechazo del juego asociado a un género puede verse como una práctica para la vida adulta, una de las etapas del adoctrinamiento cultural como los llama Wilson (8), donde lo que se juega es precisamente la conformidad al rol. Por su parte, la narradora elige el desfogue por encima del cumplimiento de las expectativas, pues necesita “sacar a través del ejercicio toda la ira que estaba generando”, hacia la madre y el padre ausentes, y la figura autoritaria de la abuela (Nettel 60). Este juego es una de las pocas actividades que la absorbe al punto de que la corporalidad se impone sobre la angustia: “Toda mi energía vital se había centrado en ese deporte, como una manera de olvidarme de mí misma y de mis circunstancias” (93).

La actitud de la abuela hacia el deporte es ilustrativa de la convivencia de mundos paradójicos en una época de cambio. Por un lado, las rodillas manchadas por el juego de la niña tiene implicaciones de falta de decencia o brechas a la moral en la mirada de la abuela, quien no cuestiona las mismas condiciones en el hermano varón (58). Por otro lado, hace a su nieta cambiar la vestimenta dejando el atuendo deportivo por “vestidos con encaje y zapatos de charol” (56). La abuela es al mismo tiempo una presencia que encarna el mundo del pasado, ese mundo de expectativas de género contra el que la narradora comienza una incipiente rebelión. A pesar de los discursos modernizadores que los Olímpicos y los Mundiales de fútbol pusieron

en boga en México, la abuela no es la única que mantiene una división tajante entre hombres y mujeres. Cuando la narradora cuenta con diez años se funda una liga de fútbol en el club deportivo de la unidad en donde ella vive, se da cuenta de que no admiten niñas. Cuando el hermano de la narradora se apunta en el equipo esta lo acompaña y expone sus motivos para ingresar. La estrategia es particular pues mezcla razones de aptitud propia con la relevancia del deporte nacional. La estrategia así, va más allá de una cuestión genérica y parece adquirir calado social:

Argumenté que llevaba meses sin hacer otra cosa que jugar al fútbol y que, *a pesar de mi género*, nada me interesaba más en el mundo. Pedí que me hicieran una prueba para comprobar que sabía defenderme tan bien *como cualquier varón*, hablé de *fútbol nacional* y del *desempeño de México* en el mundial sub-veinte, pero a pesar de todo eso me mandaron a la banca sin remedio. (84, mis cursivas)

Es curioso que el problema del ojo que tanto peso tiene en las primeras páginas del libro no sea mencionado. Antes que una mancha que obstaculiza la visión, el problema para la práctica deportiva es el género y la adecuación a sus expectativas.

Ante la negativa y el colapso emocional, es la abuela quien logra que acepten a su nieta en el equipo escribiendo una carta dirigida a las oficinas del club y con copia a la dirección general de la FIFA (86). Para la narradora, esto es un giro notable: “Después de criticarme durante tantos meses, de llamarme *marimacho* y no sé cuántas cosas más, había terminado por aceptar mi afición futbolística” (85, mis cursivas). La abuela usa argumentos distintos a la igualdad de género: explica que cuidar dos nietos es demasiado para su edad y recurre a argumentos que el discurso oficial ya ha hecho suyos: el deporte como disciplina y práctica de mejoramiento del tejido social: “prefería mil veces pagar para saber que su nieta se encontraba *en una institución segura, dedicada al deporte*, y no en la calle, jugando con desconocidos” (85, mis cursivas).

La tensa relación con el deporte tiene un giro final relacionado con el mismo desarrollo corporal. El equipo al que pertenece es el único en la liga que cuenta con una chica en su alineación. Esto hace que la narradora tenga que luchar con el doble de fuerzas para ganarse su lugar y cuando esta por fin consiguiéndolo, las cosas se complican. “[C]omo si de repente hubiera cobrado vida propia, mi cuerpo empezó a sabotearme. Lo primero que noté fue una hipersensibilidad en el área de los pezones que aumentaba con el roce de la camiseta y me impedía bajar el balón con el pecho” (87). El desarrollo de caracteres sexuales secundarios, al fin, termina limitando su participación al encontrarse en un entorno exclusivamente masculino en donde ella es la excepción.

La práctica deportiva ha sido capaz de orientar sus energías al tiempo que ha sido un elemento esencial para sus relaciones sociales. Además, es uno de los sitios más claros en los que la posición de discriminación por cuestiones de género se ha hecho patente. De manera oblicua, le ha permitido a la narradora retar ciertas convenciones sociales. Tanto ella como su abuela, recurren a la ambigüedad de los discursos nacionales para hacer un lugar entre sus intersticios a ese cuerpo en crecimiento que, desde la marginalidad de un cuerpo con una limitación de visión y siendo la única mujer en una liga infantil, recurre al deporte como escape y refugio.

Sexo: expectativas y rebelión

El deporte es un refugio, si bien transitorio, pero no es el único. Junto a las primeras experiencias de lectura y escritura, surge también otro espacio íntimo. El despertar al placer y la exploración sexual presenta una serie de paradojas, en particular en cuanto a la vigilancia de la madre y la forma en que éste impacta en la relación de la narradora con el mundo. En principio, la revolución sexual que vive la generación de los padres es una de las primeras señales de un tiempo mexicano que busca romper con tabúes y ataduras conservadoras. No es una

coincidencia que se trate de años cercanos a la fundación de la icónica revista feminista *Fem*, en 1976, que buscaba “una ruptura con el concepto tradicional de mujer” (“Fem”). Uno de los puntos centrales de este concepto es el de la sexualidad, como dejó patente Juana Armada Alegría en *Psicología de la mexicana* (1974). Para Alegría, “Las mexicanas viven las relaciones sexuales como un tabú” que se refuerza con una serie de “prejuicios prohibitivos” que forman “un verdadero código moral que controla la conducta sexual de las mujeres” (274).

La ruptura violenta con este código moral es resulta en una generación de padres que experimentan (fallidamente) con la relación abierta, hablan (aparentemente) sin tapujos con sus hijos y comparten esta forma de pensar con otros padres de su entorno. El sexo, para los padres de la generación mexicana de clase media alta de la década de 1970, está libre de tabúes. Sin embargo, para los hijos, y sobre todo para la hija, no es así. A pesar de que los padres buscan para sí una forma de llevar su sexualidad que rompa con la forma caduca aducida por Alegría, cuando llegan los distintos despertares sensuales de su hija una parte del viejo modelo de sexualidad femenina mexicana se impone. En las dos escenas que quiero analizar, se trata de, en un caso, por la crudeza de la realidad; en otro, por una vuelta efectiva a la ideología dominante.

La primera escena ocurre poco antes de la separación de los padres, causada, a decir de la narradora, por las prácticas de “apertura de pareja” (Nettel 35). Deslizarse por el pasamos de la escalera del edificio de la Villa Olímpica despierta una sensibilidad infantil al placer. Esta experiencia es sancionada de inmediato por la madre quien, si bien no condena la masturbación, explica que es una actividad que pertenece al fuero íntimo (32). A poco de este temprano descubrimiento, una de las vecinas de una edad similar a la de la narradora es víctima de abuso sexual:

cuando mi padre volvió de la oficina y pensaban que estábamos dormidos, mamá le contó lo ocurrido y así pude enterarme de algunos detalles [...] Estuve llorando toda la noche mientras pensaba en Yanina, en lo terrible que podía ser el sexo y en el miedo de sufrir algo semejante. Fue la primera vez que me enfrenté a un tabú. (35)

Padre y madre deciden no decirle nada a sus hijos del incidente, aunque redoblan la vigilancia. La proximidad de los hechos pone de manifiesto el problema social del entorno. En una sociedad como la mexicana, en un entorno dominado aún por actitudes machistas, el riesgo de depredación sexual es patente. El discurso de libertad sexual de la madre, y aún su práctica como adulto (fallida o no), enfrentan el reto de la realidad de un mundo en el que la agresión masculina sobre cuerpo femenino marca un límite infranqueable. Del mismo modo en que el deporte se presenta como refugio y espacio en el que concurren discursos contradictorios, la sexualidad de la narradora en este periodo decisivo es fuente de tensiones múltiples, de placer, refugio y miedo.

La segunda escena que me interesa analizar es aún más problemática. La mudanza a Francia lleva a la familia a Les Hippocampes, una barriada de bajos ingresos con alta presencia de otras comunidades inmigrantes. Luego de los retos de integración que discutiré en el siguiente apartado, se llega el campamento de verano (*colonie de vacances*) a donde va con catorce años. Una de sus primeras experiencias ahí es un ataque sexual. Uno de los chicos entra en el *teepee* destinado a las chicas, anuncia que está dispuesto a violar a una de ellas y salta sobre la narradora, que aún está en su bolsa de dormir. La respuesta es proporcional: “me levanté de la cama y comencé a patear a mi atacante hasta derribarlo en el suelo” (Nettel 161). Al tratarse de un conocido *bullie*, convertir la agresión en una pelea y ganarla, le otorga a ella una posición particular en el campamento volviéndola “un personaje admirable y a la vez, puesto que nadie me conocía, digno de desconfianza” (161). No es la primera vez que las agresiones físicas entran en el libro. En otra ocasión, un altercado menor con algunas vecinas de Les Hippocampes le ha ganado una golpiza callejera (116). Al volverse a encontrar a esas mismas vecinas y descubrir que hay pocos resentimientos, queda claro que esta forma de interacción con el mundo es más común de lo que parece en ese entorno social. A pesar de este entorno de violencia frecuente, es notorio que ni los monitores del campamento busquen “fingir que nada había sucedido y seguir adelante con los

planes” (161) y que la madre, cuando la narradora le habla del ataque sexual, únicamente busca saber confirmar que ésta se encuentra bien, pero no decide ir por ella (162), tras lo cual el asunto queda zanjado.

Más tarde en el mismo campamento, durante la celebración del 14 de julio (fiesta nacional de Francia), la narradora se pierde en escarceos eróticos a escondidas por la ciudad con un chico tunecino un poco mayor que ella. La elección no es gratuita. En su proceso de inmersión al entorno la narradora ha ido reafirmando su marginalidad. Esta elección se trata deliberadamente de una ruptura con el estereotipo europeo de belleza masculina, pues elige a este muchacho sobre un “francés, estudiante de liceo” (163) quien también compite por su atención. La narradora es una *outsider* y se comporta como ello hasta en la elección de su pareja de juegos eróticos. La paradoja aquí es que cuando no aparece, las autoridades del campamento deciden informar a la madre. A la vuelta de las vacaciones, la madre cuestiona si la narradora tiene ya una vida sexual activa, pero la tensión entre ellas aumenta al punto de que la madre decide enviarla de regreso a México. “Según ella, otra temporada con mi abuela a esa edad tan rebelde iba a ser de gran utilidad para meterme en cintura” (167). A pesar de la propia experiencia de la madre, a pesar de los cambios de la época, la madre busca reencauzar a la narradora a la expectativa del modelo de comportamiento de la mujer mexicana: físicamente es devuelta a México y disciplinariamente queda al cuidado de la abuela.

Existe un elemento más en la primera escena que resta por analizar: el cuerpo violentado de la vecina. Se trata de una hija de exiliados que, al ser víctima de un ataque, despierta en la narradora una doble dimensión. Por un lado, la de la conciencia de una diferencia. Por otro, la de la conciencia de los peligros de un ataque sexual. Es notable que esta escena sea contigua a la explicación de la naturaleza de los vecinos de la Villa Olímpica “que se había construido para recibir a los atletas en las Olimpiadas 1968” y que entonces alberga “sudamericanos de izquierda que habían escapado de sus países para no ser asesinados” (34). La vecina atacada, en efecto, es una hija de exiliados argentinos. Tal parece que la memoria del despertar del cuerpo presentada al lector implica, si bien de manera tangencial,

un despertar a la atención a la gente alrededor. El problema, en este caso particular, es el de la continuidad de la violencia, una a la cual no se puede escapar ya sea por motivos políticos o de género.

Pertenencia y corporeidad

El cuerpo, como medio con el que navega espacios en tensión y descubrimiento, ofrece un último elemento de análisis: el de la conciencia de la pertenencia social y étnica. En el transcurso del libro, destacan algunas condiciones de privilegio en las que se desarrolla la primera parte de su infancia. Por ejemplo, las descripciones físicas de su familia (“el pelo tan rubio de mi hermano y los ojos claros de mi madre” (105)), la propiedad de una casa de campo que luego será convertida en asilo de ancianos cuando el padre se separe y desaparezca momentáneamente (88-91), además de las relaciones familiares mantenidas con intelectuales como Rafael Segovia o artistas como Daniel Catán (43). Los padres pertenecen a una clase media alta educada y educan a sus hijos en consecuencia. Sin embargo, como he comentado antes, la mancha en el ojo, los ejercicios correctivos, las informidades sobre las expectativas de género, establecen a la narradora como una marginal. Una marginal, sin embargo, que desde sus inadecuaciones a una presumida “normalidad” establece lazos con otros marginales. Al ir a la escuela usando el parche correctivo en su ojo, destaca aquellos niños “con otro tipo de anormalidades”, “una nena muy dulce que era parálitica, un enano, una rubia de labio leporino, un niño con leucemia que nos abandonó antes de terminar la primaria” (14). Todos ellos, asegura, compartían “la certeza de que no eran iguales a los demás” y que conocían “mejor esta vida que aquella horda de inocentes” que no habían enfrentado desgracias (14). Esto es, de hecho, a lo que se refiere Pérez Limón cuando habla de socialidades alternativas (211-212). En la perspectiva que discuto aquí, estas socialidades surgen de poner en primer lugar el cuerpo propio y preguntar después por las adecuaciones al estereotipo de

normalidad. Como hemos visto, en varios casos este estereotipo responde también a una idea de lo nacional, además de pertenencias de grupo o étnicos. Estas relaciones de tensión con los estereotipos se vuelven notables en dos espacios particulares: las escuelas y la cárcel.

La experiencia de mudanza a Francia resulta en una inmersión súbita en el país extranjero del que la narradora, a la sazón de once años, no conoce el idioma ni las costumbres. Se trata, además, de un contraste notable a la vida mexicana: es una zona de alta criminalidad con una mayoría de vecinos “de origen magrebí, pero también había franceses, africanos negros, portugueses, asiáticos y gitanos asentados” (104). En este contexto, su “mexicanidad” abre puertas que no ceden a su aspecto físico dadas las condiciones del entorno: “la gente nos miraba con desconfianza por nuestro aspecto excesivamente occidental” sin embargo “en cuanto comentábamos que éramos de México, se nos abrían automáticamente las puertas de su simpatía” (105). Mientras transcurre el tiempo, la condición excepcional de mexicanos despierta curiosidades en la escuela que se resuelven en una especie de mezcla de estereotipos e imaginación infantil:

nos preguntaban si en nuestro país se seguía usando penacho, si vivíamos en pirámides y si se acostumbraba usar el coche. Yo les contaba de todo para impresionarlos. Les decía, por ejemplo, que había pocos automóviles y que muchas veces era necesario desplazarse en elefante para llegar a la escuela. (115)

Independientemente de los discursos que generan expectativas sobre los cuerpos según su origen nacional (discursos que se alimentan mutuamente; recordemos el énfasis de las instituciones oficiales mexicanas en destacar la herencia indígena en el México presente), la conciliación se halla en un acto de imaginación descabellada que permite a la narradora insertarse en su nueva realidad.

Al volver a México, tras el incidente del 14 de julio, el Liceo Franco-Mexicano al que ingresa le ofrece un revés. Tras varios años de su vida como inmigrante en Francia, en una escuela en la periferia, se integra a un colegio privado donde estudian “los hijos de los empresarios, los diplomáticos y los franceses radicados en nuestro país” (168). Son estudiantes y profesores mayormente blancos “en un país esencialmente indígena” (170) en donde no sólo destaca por sus limitados recursos económicos sino por su francés de barriada. El colorismo mexicano, con su deliberada implicación racista, se suma a las dinámicas de familias de origen europeo en un entorno estudiantil donde “los blancos la emprendían casi siempre contra los morenos, mientras los rubios miraban desde arriba con displicencia” (172).

Durante un periodo vacacional anterior, la narradora puede al fin reencontrarse con su padre, quien se encuentra encarcelado en el Reclusorio Norte de la Cd. de México en espera de sentencia, razón por la cual ha desaparecido de sus vidas luego del divorcio. La abuela, de nuevo funge como un “Virgilio hacia aquella institución” a través de “una procesión trabajosa que cruzaba toda la ciudad por los rumbos que inspiraron a Luis Buñuel *La corte de los milagros*, barrios donde la gente vivía en construcciones endebles de lámina o cartón” (128). En este caso, los niños llevan atuendos semi-formales que destacan lo que percibe como su “inadecuación a aquel sitio” (130), y aclara expresamente: “No éramos los únicos ‘güeros’ que había ahí. Otras personas de clase media y alta esperaban también en aquella antesala” (1301-31), en la que, sin embargo, no hay algún tipo de complicidad. El siguiente encuentro con el padre ocurre cuando este es trasladado a una cárcel de menor seguridad, justo cuando la narradora ha comenzado sus días en el Liceo Franco-Mexicano. Al encontrarse tan cerca del final del libro y del trayecto de desarrollo de la narradora, estas dos escenas son reveladora en varios sentidos. De entrada, reconoce el problema de la división de clases sociales, las cuales “no le piden nada a las castas de la India”, además de los lugares restringidos en los que las clases altas y las masas populares conviven: “un estadio de futbol o el Zócalo el día de la independencia” además de la cárcel (172). Son sitios de

celebración comunitaria o de castigo en donde la fiesta o la preferencia a equipos deportivos contribuye a la sensación de borramiento de divisiones sociales. Sin embargo, la evidencia es que, para este punto de su desarrollo, la narradora ha reafirmado una conclusión surgida del encuentro anterior. “Ni siquiera en el interior de cada *clase social mexicana* existe una sensación de *pertenencia* o de gremio” (131, mis cursivas). De nuevo, el concepto de socialidad alternativa que sugiere Pérez Limón me interesa aquí pues la implicación en el libro de Nettel es que las narrativas unificadoras, desde esta perspectiva, no cohesionan realmente. Ante ello, las solidaridades entre marginalidades, debido a que surgen de lazos espontáneos y vividos en carne propia, parecen tener mayores oportunidades de generar verdadera solidaridad.

En los casos que he revisado, la narradora de *El cuerpo en que nació* imagina al país o a sus dinámicas de comunidad y clase desde sus dinámicas de exclusión. Como sugiere Elizabeth Murcia, la marginalidad de la protagonista “es también parte fundamental de la configuración identitaria de la figura autorial” en la que “la marginalidad deja de ser motivo de escarnio para mostrar su otra posibilidad, la del individuo que se ubica al margen de sí, pero por encima del hombre común” (87). Es decir, la marginalidad se convierte en una arista de la identidad que acepta desde su cuerpo una serie de disidencias de las narrativas hegemónicas. El trayecto de la narradora, que concluye con la imposibilidad de operarse debido a su edad y con la aceptación de su cuerpo, implica una serie de conocimientos de las narrativas cohesionadoras que forman centros que no son operativos para su experiencia propia. Aunque le interesan como fuentes de tensión, no trata de encajar en ellas. Jean Franco sugería que en cierto momento del siglo XX la identidad nacional se presenta como un problema masculino (172). En el caso de *El cuerpo en que nació*, la voz femenina en un periodo de desarrollo y afirmación de identidad elige estar al margen de este problema y desde ahí crear sus propias redes de comunidades y solidaridades alternativas.

Al elegir la experiencia del cuerpo propio sobre las posibles narrativas del cuerpo patrio (que incluyen ideologías, prejuicios y estereotipos), su relación

posible con el centro del imaginario nacional se reconcilia al no pertenecer: precisamente por ello elige esa forma narrativa (la autonarrativa centrada en infancia y con un arco de aprendizaje como un *Bildungsroman*) y también por ello su reconciliación es con su propio cuerpo mediante el acto íntimo de la escritura. Nettel, como destacaba al inicio en la tendencia narrativa compartida con sus compañeros de generación, no está sola en la manera de repensar estos mecanismos de inclusión/exclusión de sus propias sociedades. En cierto sentido, a la narradora de *El cuerpo en que nació* le interesa más narrarse a sí misma que a su país, y desde esta experiencia situada revisar su experiencia social. Esta, como otras formas de escritura que repensan tales mecanismos, apuntan a la posibilidad de nuevas estrategias de imaginación de las comunidades nacionales y transnacionales.

Bibliografía

- Alegría, Juana Armanda. “La sexualidad de la mexicana”. *Anatomía del mexicano*. Selección y prólogo de Roger Bartra. Random House Mondadori, 2002, pp. 273-280.
- Amaro Castro, Lorena. “Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relatos de filiación en la literatura chilena reciente”. *Literatura y Lingüística*, no. 29, pp. 109-129.
- Arbena, Joseph. “Sport, Development, and Mexican Nationalism”. *The Journal of Sport History*, vol. 18, núm. 3, invierno 1991, pp. 350-364.
- _____. “Hosting the Summer Olympic Games: Mexico City, 1968”. *Sport in Latin America and the Caribbean*. Eds. Joseph L. Arbena y David G. LaFrance. Wilmington, 2002, pp. 133-144.
- Baena, Rosalía. “Childhoods: la autobiografía de infancia como subgénero narrativo en auge”. *RILCE: Revista de Filología hispánica*, vol. 16, núm. 3, 2000, pp. 479-489.
- “Fem”. *Enciclopedia de la literatura en México*. <http://www.elem.mx/institucion/datos/1833>
- Franco, Jean. *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. Trad. Mercedes Córdoba y Magro. Fondo de Cultura Económica, Colegio de México, 1994.

- Guerra, Humberto. "La autobiografía mexicana a través de sus colecciones". *Cuadernos del CILHA*, año 18, núm. 27, 2017, pp. 73-93.
- Gutiérrez Piña, Claudia L. "La precocidad en la autobiografía mexicana: un proyecto editorial. *Nuevos escritores mexicanos del siglo XX presentados por sí mismos.*" *La Palabra*, no. 30, enero-junio 2017, pp. 183 – 199. doi: <https://doi.org/10.19053/01218530.n30.2017.6962>
- Jaramillo, Diana Isabel. *Once autobiografías precoces y un solo proyecto: construir una visión de la lectura*. Eón, 2015.
- Márquez Barragán, Miriam Yvonn. "El siniestro habitante de los rincones íntimos: *El huésped*, de Guadalupe Nettel". *Latin American Literary Review*. Vol. 46, núm. 92, 2019, pp. 53-58.
- Molloy, Sylvia. *At Face Value: Autobiographical Writing in Spanish America*. Cambridge University Press, 1991.
- Murcia, Elizabeth. "Figura de autor e identidad marginal en *El cuerpo en que nací*, de Guadalupe Nettel". *Diseminaciones*, vol. 1, núm. 2, julio-diciembre 2018, pp. 71-88.
- Nettel, Guadalupe. *El cuerpo en que nací*. Anagrama, 2011.
- Nora, Pierre. "Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire". *Representations*, no. 26, número especial "Memory and Counter-Memory", primavera 1989, pp. 7-24.
- Olgún Díaz, Cinthya. *Entre el diván y el espejo: la autonarración confesional y especular en El cuerpo en que nací de Guadalupe Nettel y Canción de tumba de Julián Herbert*. Tesis de maestría. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. 2018.
- Pérez Limón, Lilia Adriana. "Visualizing the Nonnormative Body in Guadalupe Nettel's *El cuerpo en que nací*". *Mexican Literature in Theory*. Ed. Ignacio M. Sánchez Prado. Bloomsbury, 2017. Pp. 211-226.
- Vázquez Almanza, Paola. *Aquello que dejamos de ser. Ficción y nación en México*. Siglo XXI Editores, 2019.
- Vivero Marín, Cándida Elizabeth. "Cuerpo enfermo y cuerpo niña: una doble marca para la construcción de género". *Artifara*, no. 13, 2013, pp. 39-52.
- _____. "La madre intelectual y la madre escritora: representaciones de la maternidad en dos escritoras mexicanas recientes". *Graffylia*, no. 19, julio-diciembre 2014, pp. 74-87.
- Wilson, R. Rawdon. *In Palamedes' Shadow. Explorations in Play, Game & Narrative Theory*. Northeastern University Press, 1990.
- Zolov, Eric. "The Harmonizing Nation: Mexico and the 1968 Olympics". *In the Game: Race, Identity, and Sports in the Twentieth-Century*. Ed. Amy Bass. Palgrave MacMillan, 2005, pp. 191-220.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

